

Música de huesos: los discos piratas soviéticos prensados en rayos X



En la Unión Soviética de los años 50, se prohibieron discos occidentales como Rock Around the Clock y Boogie-Woogie Bugle Boy. Pero los intrépidos amantes de la música encontraron una manera de desafiar a las autoridades haciendo prensados de contrabando en radiografías desechadas

En 1952, Morris Levy, que dirigía el día a día de Birdland de Charlie Parker, decidió que el club de Nueva York necesitaba una tarjeta de visita sonora, un tema lo suficientemente ambiguo como para sonar como una canción de amor, pero que pudiera salir al mundo y pregonar el glamour con poca luz de un lugar frecuentado por Judy Garland, Frank Sinatra y Marlene Dietrich. Sesenta y tres años después, la medida de su éxito está resonando en los altavoces, a través de Leningrado, en un espacio de la galería de Bloomsbury. **Lullaby of Birdland, de Ella FitzGerald**, suena a la vez completamente familiar y, sin embargo, distante y fantasmal, como si se escuchara desde el otro lado de una calle azotada por una lluvia torrencial. Echa un vistazo a la fuente de la música y el efecto no hará más que agravarse. En el tocadiscos hay una radiografía de una caja torácica humana, en la que están grabadas las ranuras que contienen la grabación de Fitzgerald de 1954.

La exposición **X-Ray Audio** en The Horse Hospital de Londres es el resultado de una obsesión alimentada por Stephen Coates con los anticuarios art poppers The Real Tuesday Weld, que comenzó hace ocho años tras un hallazgo casual en un puesto de mercado en San Petersburgo. "Habíamos llegado para dar algunos shows", recuerda el líder entre sorbos de café. "Fui a dar un paseo por el mercado de pulgas y miré un puesto y pensé: '¿Es eso un disco o una radiografía?'". La respuesta del pequeño productor fue desdenosa". Coates tenía un acompañante con él, pero no pudo arrojar ninguna luz. En los días siguientes, Coates descubrió que se había topado con el fenómeno soviético de la posguerra de la "música de huesos"

(*roentgenizdat*): grabaciones piratas de música prensada en rayos X desechados que habían sido prohibidos en la URSS, para que no promovieran tendencias insurreccionales en los oyentes.



Una grabación de rayos X de manos. Fotografía: Paul Heartfield

Tal vez las autoridades tenían razón. Si el relativamente manso jump-jive de Rock Around the Clock de Bill Haley & the Comets hizo que los adolescentes británicos arrancaran asientos de los cines con una emoción frenética, uno tiene que preguntarse qué les habría hecho a los jóvenes rusos. Para los adolescentes a los que no les apetecía unirse a las brigadas juveniles leninistas del Komsomol, el atractivo del *stilyagi* -una subcultura más moderna que abarcaba todo lo relacionado con el jazz, el rock'n'roll y Hollywood- debe haber parecido irresistiblemente exótico. Sin duda, lo suficientemente atractivo como para enviarlos a los autodenominados "comerciantes de la cultura", como Rudy Fuchs, un estudiante de ingeniería que estaba tan interesado en involucrarse con la música occidental que regularmente donaba sangre a cambio de dinero en efectivo para poder ahorrar para un torno de grabación. Dinero sangriento a cambio de música de huesos.

Aunque Coates ya había aterrizado en pie al visitar San Petersburgo, donde los discos de ultramar entrarían en la URSS a través del puerto y se utilizarían como maestros para copiar música, le dijeron que tendría que reunirse con Fuchs si quería controlar el crecimiento de la música ósea en la década de 1950. Cuando finalmente se le concedió una audiencia con Fuchs, encontró a un frágil octogenario en un bloque de apartamentos brutalista rodeado de equipos de estudio arcaicos. "A finales de los 50, Rock Around the Clock fue el tema que se puso en contacto con la canción Rudy se animó a distribuir estos discos a otras personas, eso y Boogie-Woogie Bugle Boy, que fue una revelación".

También estaba el famoso excéntrico de San Petersburgo, al que los lugareños se referían como "el chico de los Beatles". Durante las últimas cinco décadas, la vida de Nikolay Vasin se ha dedicado a honrar y celebrar el momento epifánico en el que escuchó por primera vez a los Beatles en una grabación de hueso. "Me mostró su álbum familiar", recuerda Coates, "y estaba lleno de fotos de John, Paul, George y Ringo, sobre todo John, hay que decirlo. También me dijo que John no estaba muerto, pero que había hecho 34 álbumes desde que se mudó en secreto al norte de Italia en 1980". ¿Ha escuchado alguno de esos álbumes? "¡Um, sí! Sonaba como John Lennon, aunque con un ligero matiz japonés".



El subversivo Bill Haley y sus cometas, cuya roca alrededor de la El reloj era muy codiciado en la URSS. Fotografía: Archivo Michael Ochs

El clamor entre los jóvenes rusos por el jazz y el rock'n'roll durante los años de la Guerra Fría se hace patente en la variedad de materiales que se exhiben en X-Ray Audio. Las grabaciones no oficiales no solo se prensaron en radiografías: en el Hospital de Caballos, hay registros hechos con señales de tráfico y pedestales circulares. También trabaja en X-Ray Audio con Coates el músico y entusiasta de la grabación de sonido Aleks Kolkowski, y el viernes la pareja presentará una noche de historias y demostraciones del proceso de grabación en acción, en la que Kolkowski, el propietario de un torno de grabación de la década de 1940, grabará en rayos X. "Una cosa que esto me ha demostrado es que el formato es completamente integral para la experiencia auditiva", explica Kolkowski, quien también "reutiliza" los CD no deseados grabando surcos en ellos, ajustando el agujero en el medio y creando discos de cinco pulgadas. "Los CD suenan fantásticos una vez que los conviertes en discos reales".

Hay algo extrañamente conmovedor en ver el lápiz óptico de un tocadiscos chupar música, en este caso, una canción de doo wop de los Ravens, de los surcos de un CD. Hay algo de ruido de fondo, aunque nada como el ruido extraño que viene con la música de huesos. Más tarde ese mismo día, hablo con Greg Milner, cuyo libro de 2009 Perfecting Noise Forever sigue siendo el libro definitivo sobre la historia de la música grabada. "Tenemos que salir de esa mentalidad de que el ruido de fondo ocurre a expensas de la claridad. En el curso de mi investigación, escuché cilindros de actuaciones que datan de hace más de 100 años. Es difícil explicarlo, pero se registró una presencia aguda en esas grabaciones que era innegable".

Kolkowski está de acuerdo. "A los humanos nos gusta escuchar cosas que suenan como grabaciones, pero las imperfecciones, los silbidos y crepitaciones, nos hacen escuchar un poco más. Alcanzar la perfección es más gratificante para los oídos, mientras que las grabaciones digitales modernas ofrecen la perfección directamente. De alguna manera, sin el esfuerzo, se quita parte de la satisfacción". Coates, que ahora está escribiendo un libro sobre la música de los huesos, se hace eco de su punto: "La última vez que estuve en Moscú, estábamos entrevistando a un tipo que solía comprar estas grabaciones de huesos. Colocó algo en el tocadiscos y todo lo que se podía escuchar era 'Chhhhh', pero con un poquito de música a través de él. Y estaba radiante, porque obviamente lo estaba transportando a la primera vez que lo escuchó. En ese momento, solían llamarlo 'escuchar a través del sonido'".

Con el tiempo, sin embargo, no son tanto las grabaciones de rayos X como la cultura que las rodea lo que ha fascinado a Coates. "Lo que realmente me hizo volver fueron estas historias que destacaban la tensión entre lo que el estado quería que la gente escuchara y lo que la gente naturalmente gravitaba. Cuando la gente escribe sobre el fenómeno, tiende a centrarse en el rock'n'roll, pero mucha música rusa con la que la gente había crecido también estaba prohibida. Hay un cantante ucraniano llamado **Pyotr Leshchenko**, un emigrante ruso que se especializó en tango sudamericano y música gitana. Después de la Segunda Guerra Mundial, cuando su música fue ilegalizada, la gente tenía que sintonizar estaciones como Radio Teherán para escuchar sus canciones. En última instancia, las autoridades se impusieron una tarea demasiado grande. Había melodías populares rusas que estaban clasificadas como canciones criminales, pero en realidad no lo eran. Simplemente se les consideraba como 'baja cultura'".



Una grabación de radiografía de Fotografía: Paul Heartfield

Coates se acerca a una vitrina y saca otro disco, esta vez Guilty, de la superestrella de principios del siglo XX **Al Bowly**. De todas las grabaciones de huesos que Coates ha acumulado, esta, que le regaló Fuchs, es su favorita. "Rudy era sospechoso conmigo al principio, pero cuando se enteró de que yo era fan de Al Bowly, finalmente se abrió. Toda su misión, por así decirlo, era que desde el momento en que escuchó por primera vez esta música, quería compartirla. El problema era que las autoridades sabían que esta música estaba cambiando de manos. Enviaron a un joven a Rudy, quien se hizo amigo de él e hizo un pedido de discos. Lo siguiente que supo Rudy fue que su teléfono había dejado de sonar. Nadie lo llamaba. Luego fue arrestado. Las autoridades trataron de convertirlo en un informante, pero no quiso revelar ninguno de sus contactos. Fue a prisión durante tres años. El día que fue liberado, siguió con el contrabando. No era solo su medio de vida. Se sintió obligado a difundir esta música".

En una era de ubicuidad sin precedentes para la música grabada, es casi imposible imaginar que la gente pueda llegar a tales extremos para escuchar una canción. Pero esta ubicuidad no sucedió de la noche a la mañana. Ha estado sucediendo en grados pequeños anuncios de los periódicos musicales en la década de 1960 estaban frecuentemente llenos de súplicas desesperadas de personas que habían escuchado una canción una vez, a veces años antes, y estaban obsesionadas por el recuerdo. "Pagaré cualquier cosa por el Memory Lane de los hippies en Cameo Parkway", dice uno de esos clasificados, de una edición de 1967 de Record Mirror, "incluso le enviaré una cinta a alguien para que me la grave". A principios de la década de 1980 en este país, teníamos Dial-A-Disc, un servicio de British Telecom al que la gente llamaba por teléfono para escuchar un éxito en las listas de éxitos que se reproducía al otro lado de la línea.

Para Coates, algo se ha perdido en la era de Spotify. "Es importante recordar lo que la gente hará para escuchar música cuando casi no hay nada de ella alrededor." Eso no convierte a XRay Audio en una exposición sobre algo que sucedió hace 60 años. Eso también lo convierte en una exposición sobre lo que está sucediendo ahora".